Crónica elemental del caos... o de cómo la realidad siempre supera la ficción

Grupo de Análisis Sanitario de la SEMG

La verdad es que ya sabemos todos que la imaginación (en todos los sentidos y desde todas las perspectivas) se quedaría corta para poder idear por sí sola algunas de las cosas que vemos diariamente en la realidad. Últimamente, incluso nos atreveríamos a cambiar el "algunas" por un "muchas".

Porque si esto es algo que podría ser aplicable al mundo en general, en cualquiera de sus ámbitos, también en el terreno de la salud podemos echarnos las manos a la cabeza, como se dice comúnmente. Y es que algo anda mal cuando la confusión se convierte en hábito: resulta que se transforma en "la normalidad".

Así, sólo tenemos que echar un vistazo a las noticias con las que se nos inunda cada día; y si prestamos un poco de atención (que ya sabemos todos que tanta información -¿desinformación?- no sólo satura sino que a veces adormece), realmente es una la palabra que se erige con mayor fuerza: caos.

Y vemos cómo instituciones con influencia conocida, y reconocida, en la sociedad en la que vivimos (sobre todo en la opinión, pensamiento, y hasta el estado de ánimo) entran en una pequeña disputa -ni que sea mediática- que no tiene ningún sentido. Nos referimos concretamente a opiniones sobre temas relacionados con la salud emitidas desde el Vaticano y la réplica de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Podríamos citar, a manera de ejemplo, las noticias que emitía la agencia *Europa Press* durante el mes de octubre: la primera titulaba "la iglesia desaconseja a los seropositivos que usen preservativos porque no sirven como profilácticos"; la segunda "la OMS reafirma la eficacia de los condones contra la propagación del sida". ¿Alguien lo puede entender? Pero ésta no es la única pregunta que se nos ocurre en este caso, hay más. Y ahí van algunas: ¿cómo puede ser que, citando siempre la noticia, "responsables de la iglesia católica de los cuatro continentes" digan que "el virus del VIH puede pasar a través de minúsculos agujeros del preservativo", porque según el cardenal Alfonso López "el virus del SIDA es alrededor de 450 veces más pequeño que los espermatozoides"?; ¿y que la *BBC*, y posteriormente otros medios, recojan estas afirmaciones? ¿Cómo puede ser que la OMS tenga que "reafirmarse" ante declaraciones de este tipo?

Indudablemente a estos sacerdotes no se les da muy bien lo científico -al menos si hacemos caso de lo que defienden en cuanto a métodos que pueden evitar las enfermedades de transmisión sexual-; sin embargo, respecto a políticas sanitarias quizás no vayan nada desencaminados. Y es que pocos días después la prensa recogía esta noticia: "El Vaticano atacó a la industria farmacéutica". Según podíamos leer, la acusaba "de cometer un genocidio de los enfermos de SIDA en los países pobres" y pedía "presión internacional para obtener una baja de los precios de los medicamentos"; en palabras del jesuita americano Angelo D'Agostino "la acción de los carteles de las empresas farmacéuticas es genocida", "rechazan hacer accesibles los precios de los medicamentos contra el SIDA en África, mientras en 2002 facturaron ganancias por 517.000 millones de dólares". "Es un problema moral que demuestra la falta de conciencia social de las empresas capitalistas" esgrimía D'Agostino, mientras el arzobispo Paul Josef Corde, presidente del Consejo Pontificio Cor Unum, recordaba que "2,5 millones de niños en el mundo sufren de SIDA" y que esos "niños que llevan ya en sí la semilla de la muerte pierden la vida porque no tienen medicinas"; "los niños no merecen sufrir", decía, y apostillaba que "es necesario hacer

una presión pública para convencer a las casas farmacéuticas de que bajen los precios para curar a las víctimas del SIDA".

Y entre todo ello podríamos consensuar que sí, efectivamente, que los niños no deberían sufrir (y añadiríamos que estaría muy bien que los mayores tampoco); que sí, que existen problemas morales (y contradicciones evidentes); que sí, que la moral y la moralina no coexisten saludablemente con la conciencia social. Pero en todas partes se cuecen habas... Y si no, sigamos leyendo la prensa.

Por ejemplo, en el ámbito judicial español. Hace poco veíamos en los medios de comunicación la sentencia que absolvía a un hombre de posibles malos tratos, y venía a justificarlo diciendo que la mujer denunciante "vestía a la moda" con maquillaje, joyas y complementos.. Y que ello demostraba que estaba capacitada para ser consciente del mundo que le rodea y adecuarse a los cambios, más o menos, y añadía que esta manera de ser no es propia de las personas que han sufrido agresiones de ese tipo.

O esta otra noticia, publicada en *El Mundo* a finales de enero: "Arranca la oreja de un mordisco a una persona y lo absuelven por ser diabético". Sí, sí, eso ponía. Y en la noticia se leía "la audiencia de Sevilla ha absuelto a A.R.V. porque considera que la diabetes que sufre desde 1980 le causó una desconexión mental con pérdida total de conciencia y control de impulsos, provocada por una bajada de azúcar. En cualquier caso, pese a quedar exento de responsabilidad criminal, el acusado tendrá que indemnizar a su desorejada con 7.626 euros".

Quizás deberíamos matizar lo que decíamos al principio de que hay cosas que no tienen sentido y afirmar rotundamente que estamos inmersos en un completo sinsentido. Pero sigamos.

"En España, cada día aborta una adolescente y otra da a luz. Los consultorios se llenan de jóvenes agobiados". Éste es el titular de un artículo publicado en el número 51 de la revista *Rolling Stone*. Los datos no creemos que sorprendan en exceso, pero en el texto se leía: "cada año en España 20.000 jóvenes menores de 19 años se quedan embarazadas. La tasa de aborto en adolescentes se disparó del 3,12% en 1990 al 7,49% en el 2000 (datos MS). Según datos publicados por la Federación Española de Planificación Familiar, el 75% de las jóvenes alegó no haber tenido acceso a la píldora postcoital porque el facultativo responsable de ello se negó a dársela". Seguro que tras leer esto también hay muchas preguntas. La primera quizás sería la de por qué se nos carga a los médicos con esa responsabilidad cuando no nos corresponde decidirla; la siguiente (y teniendo claro que el orden de los factores no altera el producto) sería cuestionarnos por qué nos preguntamos tantas veces sobre este asunto en vez de que definitivamente entre todos busquemos una solución. Y ésa sería otra gran pregunta: ¿qué se puede hacer? Y junto a ella ¿quién/es lo debe/n hacer?

Y en Alemania, y ni que sea por mimetismo también en muchos otros países, hay otro debate abierto. "El caníbal alemán condenado a 8 años y medio por homicidio", titulaba *El País* a finales de enero. "El hombre que mató y devoró a su víctima podrá salir a la calle en cuatro años", se leía en un artículo en el que también ponía: "El defensor planteó su alegato como un homicidio a petición de la víctima, casi un caso de eutanasia. El ingeniero

devorado por Meiwes lo deseaba e incluso juntos intentaron comerse el pene, previa amputación y cocción en barbacoa. La dureza del apéndice viril les hizo quedarse en el intento. El juez considera que se encontraron dos mentes trastornadas que dieron rienda suelta a sus perversas fantasías. Los psiquiatras forenses constataron que Meiwes es del todo consciente de sus actos y no sufre trastornos que permitan internarlo en un establecimiento psiquiátrico". Aquí sobran las preguntas, aunque una sí que podría ser interpuesta: ¿qué está pasando?

Que cada cual saque sus conclusiones, pero consideramos que estas noticias publicadas por medios "serios" son una contribución más a la gran confusión de valores, principios, criterios y lógica a que nos tienen acostumbrados los artífices de la desinformación (desde los protagonistas hasta el mensajero). Cabe preguntarnos si a cada escala cada cual está empezando a considerar al otro como un enfermo, y en este caso jueces, políticos, religiosos y medios de comunicación no nos estarán tratando como enfermos a nosotros. Es graciosa la impunidad con que se formulan apreciaciones, condenas y valoraciones; y, en contrapartida, lo que puede resultar lógico es tratado como si no lo fuera.

Y no hace falta irse tampoco a ejemplos de otras áreas, porque los médicos generales y de familia sabemos que muchas veces nos vemos arrastrados por modas, presiones, prejuicios y también burocracia, mucha burocracia. Sin ir más lejos, en el último Congreso Interautonómico Pirineos 2004, que organiza la Sociedad Aragonesa de Medicina General, se planteó un debate conocido por todos, con aportaciones al mismo que tampoco era la primera vez que se exponían, pero que parece que a veces obviamos (tanto las cuestiones como lo que éstas implican). *La Cartera de Servicios en Atención Primaria ¿un saco sin fondo?*: ésta era la pregunta que se planteaba ya en el título del debate. Otra de las preguntas que a menudo nos hacemos y para la que encontramos una fácil respuesta pero una muy difícil solución. Entre las opiniones vertidas en el encuentro, algunas como éstas: "Se nos exige mucho, sólo a nosotros, y la mayoría de las cosas no dependen de nosotros: no se pueden exigir responsabilidades si antes no se han otorgado competencias"; "la Cartera de Servicios es un buen instrumento de gestión, pero para gestionar; en vez de eso se ha convertido en la farola del borracho: sirve para apoyarse pero no ilumina"; "la realidad supera siempre el protocolo"; "la cartera de servicios en vez de un instrumento de gestión para mejorar la atención sanitaria se ha convertido en una herramienta para controlar y fiscalizar al profesional"; "cada vez se nos pide más y sin ningún tipo de incentivos, no sólo económicos, sino de carácter profesional"; "se incluyen prioridades como el cambio de sexo en Andalucía y no se dice nada, por ejemplo, de la salud bucal"; "habrá que coger el toro por los cuernos: ¡así no se puede seguir! O se dota de más inversión, o se establece el copago, o no se incluyen tantas cosas, o reasignación de tiempos, pero BIEN retribuidos (como siempre, el resto de especialistas casi siempre cobran más)"; "siempre estamos echando la culpa a la Administración, pero, sin embargo, los propios médicos generales no hacemos más que decir esto lo podemos hacer, aquello otro se podría llevar a cabo en Primaria, y así todo".

Y entre unos y otros se asumen responsabilidades que no deberían tenerse, se colocan prioridades políticas haciendo ver que son sanitarias, se exponen quejas en vez de formalizar acciones... Se propaga la confusión y la impotencia ante una realidad que se confunde con la ficción.

En fin, este artículo no pretende demostrar nada, sino sencillamente exponer de alguna manera que el orden de prioridades debe de estar algo pervertido si se da todo esto, y manifestar que quizás va llegando la hora de empezar a recuperar el criterio. Porque si hacemos un cóctel con todo ello cabe preguntarse: si esto no es el caos, ¿el caos dónde está?